

Precio 15 céntimos



ARTISTA DE ZARZUELA



María Montes

# LA SAETA

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

DIRECTOR LITERARIO  
DANIEL ORTIZ

España y Portugal, trimestre. . . 2 ptas.  
Cuba y Puerto-Rico, semestre.. 5 »  
Extranjero, semestre.. . . . 6 »



**H**

ABLEMOS de la eterna suegra.

Algunos creerán que los escritores festivos se hacen pesados con tanto sacar á relucir á las respetables mamás políticas. ¡Pero no tienen ellos la culpa!

La suegra es un animal que se reproduce como el bacalao y salta y colea por todas partes.

Hay que hablar de ella como se habla de los alimentos más necesarios á la vida.

¿Tengo yo por ejemplo la culpa de que en Granada haya saltado una suegra de P. P. y W?

Esta buena señora ha estado á pique de morderse á su yerno.

Palos, arañazos, mordiscos, nada ha faltado.

Pero ha hecho más todavía: ha arrancado á fuerza de tirones todo el pelo que tenía su desgraciado hijo político en la cabeza.

¿Qué pretendía hacer con él, es decir, con el pelo? Hay quien pretende que se lo quería vender á un peluquero para bordar cuadros fúnebres con destino á los cementerios.

Otros dicen que quería hacerse un colchón blando.

La verdad es que la suegra ha ejercido de piel roja arrancado la cabellera á su enemigo.

Con suegras así ni Mr. Bidel está seguro.

El pobre yerno ha ingresado en el Hospital. Su mamá política en una *menagerie*.

\* \*

En la misma Granada ha desaparecido un angel.

No se crea que es de bondad ni de candor; es un angel de plata que había junto á la cruz del Grande.

¡Angel mio! diría el ladrón como si se tratase de la mujer amada.

Al principio se ignoró quién podía ser el autor del robo, pero luego se averiguó que era el hijo del *perrero* de la Catedral.

¿Qué había de hacer un hijo de perrero más que perrerías?

Pero todavía fué más perrería la que hizo el platero que le compró el objeto. Para despistar á las personas curiosas fundió el angel y lo redujo á pasta.

¿Quién iba á conocer á San Gabriel disfrazado de lingote?

Nadie; así es que fue vendido como filete, es decir, al vapor.

Pero el hijo del perrero habló; y ahora están él y el platero en la carcel, meditando sobre los inconvenientes de rozarse con los ángeles por muy buena *pasta* que tengan.

Ahora sí que no se puede decir aquello de

¡ángeles al cielo!

Porque el de la Cruz del Grande se ha quedado por acá, acaso convertido en porta-monedas de mallas, pendientes ó piezas de dos pesetas.

Lo que nos estraña es que el angel no haya hecho algún milagro cuando el platero le puso en el hornillo.

Bien podía haberle dicho con su voz *plateada*: Hombre, estás abusando.

\*

La *influenza* está haciendo estragos en Chicago.

Cuidado que dada la población, lo natural era que fuera el cólera y no el dengue el que se las hubiera con aquellos habitantes.

Pero este mundo está lleno de anomalías.

La *influenza* está matando *chicaginos* como si fueran chinches.

Ciento cincuenta víctimas diarias y entre ellas muchos médicos.

No respeta por lo que se vé ni á los que la ayudan. ¡Ingrata!

Estamos temiendo que se presente de nuevo en Europa.

Y tengamos como en Diciembre del 89 el agradable espectáculo de ver desiertas las calles y llenas las casas.

No, pues si viene ahora, todos vamos á echar á correr.

Porque conocemos las hipocresías del caballero dengue.

Que es todo un señor jesuita en sus procedimientos.

\*

Se conocía el lenguaje de las flores, del abanico y del bastón, pero á nadie sino á los ingleses se les podía ocurrir el lenguaje del lacre.

Si, del lacre, así como suena.

Del mismo modo que un bailarín puede expresar con los piés cuanto se le antoja (según ellos dicen), desde la batalla de Waterlloo hasta la invención de la imprenta, los ingleses expresan con el lacre todos sus sentimientos, pasiones y desgracias.

¿Recibe V. una carta de un insular británico cerrada con lacre blanco? Pues eso indica que el inglesito está de boda.

¿Lacre negro? Entierro.—¿Violeta? Pésame.—¿Ocre? Comida ó *lunch*.—¿Encarnado? Negocios.—¿Rubí? Amor.—¿Verde? Esperanza.—¿Azul? Disgustos.—¿Amarillo? Celos etc., etc.

Lo que no dicen los ingleses es de qué color ha de ser el lacre cuando dan un sablazo por escrito. Pensando piadosamente debe ser color de fuego, por las chispas que levanta.

Es una ventaja eso de adivinar de qué tratan las cartas nada más que examinando el color del lacre que las cierra.

Así se ahorra uno un sin fin de disgustos.

Por lo que á mi toca solo abriría las de color ocre, porque al menos esas tratan de comida ó *lunch*.

Las de azul las echaría al cesto de papeles sin leerlas, y las de rubí también, por temor á ser engañado.

Por si esa moda se introdujese en España yo ya he hecho la colección de lacres indispensables.

¿A quién de mis bellas lectoras escribo con lacre blanco?

\*\*

En Sevilla se ha presenciado una cosa curiosa durante la última Semana Santa.

Al pasar *los pasos* por delante de las Casas Consistoriales, los que los llevaban hicieron que Jesús en el Huerto, Jesús azotado y Jesús coronado de espinas saludasen haciendo reverencias á los concejales que estaban á la puerta del edificio.

¡Jesús saludando á los sayones!

¡Poco pisto se darían los ediles al verse tan respetados por el mismo Dios!

Aquella noche alguno de ellos diría á su mujer:

—Tu sabes; Jesús es una persona muy bien educada; me acaba de saludar en la casa del Ayuntamiento.

La verdad es que los católicos que llevaban *los pasos* debieran saber lo que llevaban sobre las espaldas.

Porque aquello no es una carga como la de un baul ó un saco de garbanzos.

¡Que Dios les perdone!

ELIDAN.

### LOS HOMBRES DE GOMA

¿Te gustan, caro lector, los Toros? ¡Claro que sí!

Te gustarán como á mí porque no hay nada mejor.

Ser español y tener ódio á fiesta tan hermosa, te lo juro, es una cosa que no puedo comprender.

Yo no soy inteligente, pero me gusta asistir á los Toros y aplaudir ó silbar al Presidente.

Ver un peligro constante cuando es buena la corrida; presenciar una cogida, que es lo más interesante.

Ver que un diestro decidido realiza alguna proeza; ver otro que de cabeza va á estrellarse en un tendido.

Admirar, entre el barullo, como dan una paliza á un caballo que agoniza exhausto ya de bandullo.

Ver, en fin, la lucha horrible mezcla de placer y espanto... ¡Todo esto tiene un encanto delicioso, irresistible!

—  
Hay quien al ver que un torero recibe alguna cornada, se asusta; pero yo... ¡nada! ¿Qué he de asustarme? ¡No quiero!  
Tú, lector, comprenderás —aunque como yo te asombres,— que los toreros son hombres

distintos de los demás.

Y no lo digo de broma; formalmente lo confieso. ¿Qué han de ser de carne y hueso? ¡No, señor! ¡Si son de goma!

Cae un albañil abajo desde un piso principal, y queda el pobre muy mal é inútil para el trabajo.

Pega un hombre un resbalón por andar con ligereza, y se rompe la cabeza y muere de conmoción.

Te dá cualquier imprudente en un brazo algún pinchazo y sin más, te queda el brazo inútil completamente.

Pero un torero se cura la herida más espantosa así, como si tal cosa, ¡sin pizca de calentura!

Y como ejemplo, lector, oye lo que le ha ocurrido al famoso y aplaudido Vicentillo el picador.

—  
Domingo diez.— ¡Gran corrida! Está de tanda Vicente, repuesto completamente de la pasada cogida.

Sale un Miura de sentido; con el picador se encara; Vicentillo se prepara; brinda la suerte á un tendido; se adelanta con valor; llega al toro; falta el brazo, ¡y se lleva un batacazo de los de marca mayor!

Ruedan caballo y jinete... El público grita: «¡Pillo!» se hace el muerto Vicentillo; pero, en esto le acomete ciego de corage el Miura, y lo coge, lo voltea, lo magulla, lo pateo, lo deshace y lo tritura, hasta que el bicho cansado de tanto dale que dale, de la querencia se sale y se va por otro lado.

Vicente está en la agonía; cargan dos *monos* con él; lo sacan del redondel y entran en la enfermería.

—¿Qué es esto?

—¡Un muerto!

—¡No hay tal!

(responde el Doctor) ¡No es cierto!

¿Es Vicente? ¡No está muerto!

¡Este chico es inmortal!

Respondo de que está vivo; le iremos examinando... ¡A ver! Que vayan copiando el parte facultativo:

«Herida grave en el pecho  
»de una cuarta de extensión;  
»fractura y dislocación  
»del homoplato derecho.

»Contusión de tercer grado,  
»muy grave, en el periné  
»(Esta contusión es de  
»pronóstico reservado)

UNA OVACIÓN



Llamando á los maestros papanatas,  
pisa en invierno el redondel taurino,  
y le tiran botellas y patatas,  
y le llaman morral ¡y hasta asesino!

JOSÉ ZORRILLA



Pobre, viejo y achacoso,  
el poeta nacional,  
aún compone vigoroso  
algún canto prodigioso,  
inspirado y sin igual.

»Herida sobre el frontal  
»que mide nueve pulgadas;  
»diez costillas fracturadas  
»y conmoción cerebral.»

¡Ya está tan bueno Vicente!  
En la corrida siguiente  
tiene otra nueva cogida;  
pero se cura enseguida,  
y así sucesivamente!

VITAL AZA.

### FIEBRE POÉTICA

¡Lástima de chico!

Cuando le vi el verano último en mi pueblo, pude notar con íntima amargura, que se había entregado por completo á la poesía fúnebre.

—¡Pero, Aniceto!—le dije.—¿Es posible? ¡Tú que parecías una persona de juicio sano! Tú que tenías tan buenos sentimientos!...

—¿Qué?

—¿Quién diablo te ha metido en la cabeza semejante afición? ¿Porqué versificas? ¿Porqué abandonas la gestión de tus negocios para entregarte en cuerpo y alma á los endecasílabos?

—Son cosas que da la Naturaleza. Noto que la inspiración acude á mi mente y no debo ser tan insentato que la rechace. El día que no versifico parece que no me he desayunado; primero me olvido de cambiar el agua al gilguero, que de escribir media docena de redondillas.

Y la casa de Aniceto se había convertido en un verdadero campo de Agramante. Allí no se hacía nada á derechas. Su esposa, aprovechando la inspiración del vate cogía la mantilla á las ocho de la mañana y se iba de buréo. Los niños andaban por la casa hechos unos adefesios, con la cara llena de chafarrinones y los delanteros destilando pringues. Las criadas muellamente tendidas en el sofá del gabinete, celebraban animadas conferencias y abandonaban el puchero y los demás menesteres del domicilio.

Entre tanto, Aniceto, encerrado en su estudio, construía odas, sonetos, epitalamios y demás enseres poéticos.

Buena es la literatura cuando proporciona el sustento y no produce dolores de cabeza ni erupciones cutáneas en el público; pero Aniceto, procurador de los tribunales, tutor y curador de menores, administrador de fincas urbanas y padre de familia, tiene que sacrificar á la versificación todos sus negocios, y aquella casa comienza á resentirse, por efecto de la literatura.

No entra un solo cliente en casa el procurador, sin que reciba á boca de jarro dos ó tres docenas de versos fúnebres, porque lo primero que hace Aniceto es coger al recién llegado entre dos puertas y leerle, quieras que no, la última oda, ó el soneto recién salido, ó la décima acabada de brotar.

El aplica á sus clientes los partos del ingenio, como quien aplica sanguijuelas; y ¡es natural! va perdiendo la parroquia y hasta la consideración pública.

—Voy á ver á don Aniceto—dice uno.

Y contesta otro en el acto:

—No vayas.

—¿Porqué?

—Porque te leerá cualquier cosilla: y yo des-

de que le oí una anacreónica, tengo un bulto en el cuello y se me han careado dos muelas.

¡Lástima de hombre!

El caso es que cuando íbamos juntos á la escuela, Aniceto era un muchacho formalote, pensador, sin pizca de literatura ni nada.

Después quiso terminar pronto sus estudios y se hizo procurador de tribunales; después se casó y pasaba en el pueblo por un hombre excelente. Yo me vine á la corte, en pos del necesario elemento, y allá se quedó mi amigo, luchando con escribanos y alguaciles. Algunas veces me escribía para decirme.

«Me va bien, perfectamente bien; tengo siete chicos, mi mujer me adora. Dentro de poco tiempo me haré propietario.»

Pero de la noche á la mañana, ¡horror! De la noche á la mañana llegó á mis manos un periódico del pueblo y en él una poesía firmada por Aniceto Hormidoncillo.

—¿Será posible?—dije yo.—¡Un hombre como Aniceto! ¡Un procurador de los tribunales del reino escribiendo idilios á las ovejas!... ¡Cómo está el mundo, Señor!...

Algunos días después Aniceto me escribía una carta; dentro de la carta venían unos versos dedicados *A Nabucodonosor, con motivo de su centenario*.

«Procura, —me decía en la carta— que mis versos vean la luz en cualquier periódico de la corte. Quiero darme á conocer; quiero salir de esta oscuridad provinciana que me envuelve y me consume.»

«Querido Aniceto, —le contesté:— soy tu amigo de corazón y te aconsejo que no versifiques. No hay caso más perjudicial en el mundo; llegarás á perder el dinero y á quedarte calvo. Piensa en tus hijos, Aniceto.»

Pero él, erre que erre; cada ocho días me enviaba una nueva composición, que yo iba entregando al director de *La lira quejumbrosa*, periódico de la clase de sandios semanales y que iba saliendo á la luz, con gran pesadumbre de los lectores de ambos sexos.

En cierta ocasión, Aniceto me remitió un soneto titulado: *A una ondina*.

«Te encargo mucho que corrijas bien las pruebas —me decía en su carta;— tengo mucho interés en que no lo desfiguren en la imprenta, porque creo que es el mejor que he escrito.»

A la noche siguiente, en mi domicilio reinaba la paz.

Eran las dos: mis chicos dormían como sacos de arena; yo dormía también con la tranquilidad del que ha pagado el casero.

De pronto una mano vigorosa hizo sonar con estrépito el aldabón de la puerta de la calle.

Me senté en la cama sobresaltado.

—¿Es aquí?— pregunté hablando conmigo mismo.

Los golpes de la puerta volvieron á dejarse oír, cada vez con más estrépito.

Salté de la cama y abrí el balcón.

—¿Quién?— pregunté.

—Un telegrama urgente— contestaron desde la calle.

Mis hijos, mi mujer, mis criados: todos vagaban como sombras por el domicilio. El terror se pintaba en los semblantes de mi familia y servidumbre... ¡Dios mío! ¡Un telegrama urgente! ¡Qué desgracia terrible anunciará ese despacho!...

Un momento después, rompía con mano fabril el sobre. Todos los míos me rodeaban anhelantes.

Recorri con una sola mirada el contenido del telegrama y lei lo siguiente:

«Dónde dice *aérea* debes poner *etérea* para mejor resultado de mi soneto.—Aniceto.»

¡Si llega á estar allí el procurador creo que le estrangulol

LUIS TABOADA.

## SONETOS FILOSÓFICOS

### VII.

Pasan las horas de la triste vida,  
y sigue el tiempo su veloz carrera;  
nace la flor, de Mayo mensajera,  
y mustia yace á poco de nacida.

La esperanza más dulce y más querida  
se torna al punto en mágica quimera,  
y la ilusión que nuestra dicha fuera,  
la llora en breve el corazón perdida.

Todo cuanto en la vida se concibe,  
gloria, penas, amores, desengaños,  
todo muere tan pronto se apercebe.

Solo mi suegra, por causarme daños,  
eternamente en mi morada vive  
viendo pasar impávida los años.

### VIII.

¿Viste de Mayo la estación florida,  
en mágico jardín rosa galana  
cómo en el tallo se columpia ufana  
su encendido botón mostrando erguida?

¿No viste, precursor de la venida  
de la aurora gentil, en la mañana,  
un fúlgido lucero que les gana  
á los demás en luz, pureza y vida?

¿Viste las fuentes murmurar sonoras,  
de la tarde al morir, las tintas bellas,  
y del alba las perlas seductoras?

¿Viste del sol las rutilantes huellas?..  
Pues más he visto yo, que á todas horas  
me hace ver una bota las estrellas.

### IX.

Tiene el jardín pintadas florecillas  
que saturan de aromas el ambiente,  
tiene rayos el sol resplandeciente,  
y arenas el arroyo en sus orillas.

Tiene el alba irisadas nubecillas  
cuando asoma su faz por el Oriente,  
y tristezas la tórtola doliente,  
y claveles tus candidas mejillas.

Tiene el hombre en la vida horas de llanto,  
y momentos de dicha en su intermedio,  
y por cada ilusión un desencanto;  
tiene gozo y dolor, placer y tedio;  
tiene ambición, en fin, y yo entretanto  
no tengo ni un real para un remedio.

### X.

Me has hecho mucho mal, y yo he sufrido  
sin exhalar mis labios una queja,  
y aun mi semblante pálido refleja  
del corazón el surco dolorido.

De aquel amor que te juré rendido  
una vez y otra vez junto á tu reja,  
á cada instante sin piedad me aleja,  
tanto desden y tan constante olvido.

Mas no temas que el alma enamorada  
deje de idolatrarte, aun así acorto,  
de mi vida la rápida jornada.

Yo tu desden y tu impiedad soporto;  
mas, soportar no puedo, Celia amada,  
que lleves *polisson* y traje corto.

### XI.

¡No llores mas! En vano con tu llanto  
pretendes recordar horas que fueron,  
que aquellas horas para siempre huyeron  
llenando el corazón de desencanto.

Aparta ya del pecho tu quebranto  
y olvida las venturas que murieron,  
y los sueños de amor que no pudieron  
trocar en realidad su dulce encanto.

Yo no lloro cual tú males futuros,  
aunque tengo mi alma encarcelada  
del desengaño entre los negros muros;  
no lloro la esperanza malograda,  
lloro tan solo ¡Oh Celia! el par de duros  
que le tuve que dar á tu criada.

### XII.

¿Dónde volaron, dime, dulce encanto,  
aquellas horas por mí mal perdidas?  
¿Dónde fueron las glorias prometidas  
y dónde de tu amor el fuego santo?

Quizá tanta constancia y amor tanto  
en brazos de otro amor, ingrata, olvidas,  
ó tal vez tus promesas más queridas  
murieron abrasadas por tu llanto.

Hoy ni un recuerdo en tu memoria brilla  
del corazón á la pasión primera  
que en tu pecho brotó pura y sencilla;  
y yo en tanto conservo ¡suerte fiera!  
un cardenal que me hice en la rodilla  
al rodar una noche tu escalera.

CARLOS CANO

## LA ARISTOCRACIA



ANTES de escribir este articulejo comenzamos por tentarnos la ropa, probar nuestras fuerzas morales y materiales (éstas últimas en las argollas y en las parálēas) y por último ensimismarnos como si fuéramos á recibir el Señor ó la noticia de que nos había salido el premio gordo de la lotería.

Porque ¡la aristocracia! ¡Ahí es nada! ¡No se atreve con ella la Pardo Bazan! ¡Digo, si toserá fuerte la clase privilegiada de que vamos á tratar!

Pues si, á la aristocracia española no hay que hacerla danzar en novelas. Lo más que admite son cuentecillos verdes, y esos, dichos en voz baja por calles y cafés.

Pereda ha querido poner la mano ¡y qué de gritos, qué de chillidos entre los sietemesinos!

Palacio Valdés la ha dibujado, y toda la ralea que limpia las botas á los *condesos* y *duquesos* ha puesto el grito en el cielo.

El Padre Coloma la ha modelado un poco ¡y ésta es la más gorda! Sin respetar la sotana, el padre ha quedado hecho un su único hijo, es decir, que me lo han puesto de vuelta y media.

Nada, que no hay que tocar á esa clase que corria juerguecitas con María Luisa y con alguna otra que vino despues de ella.

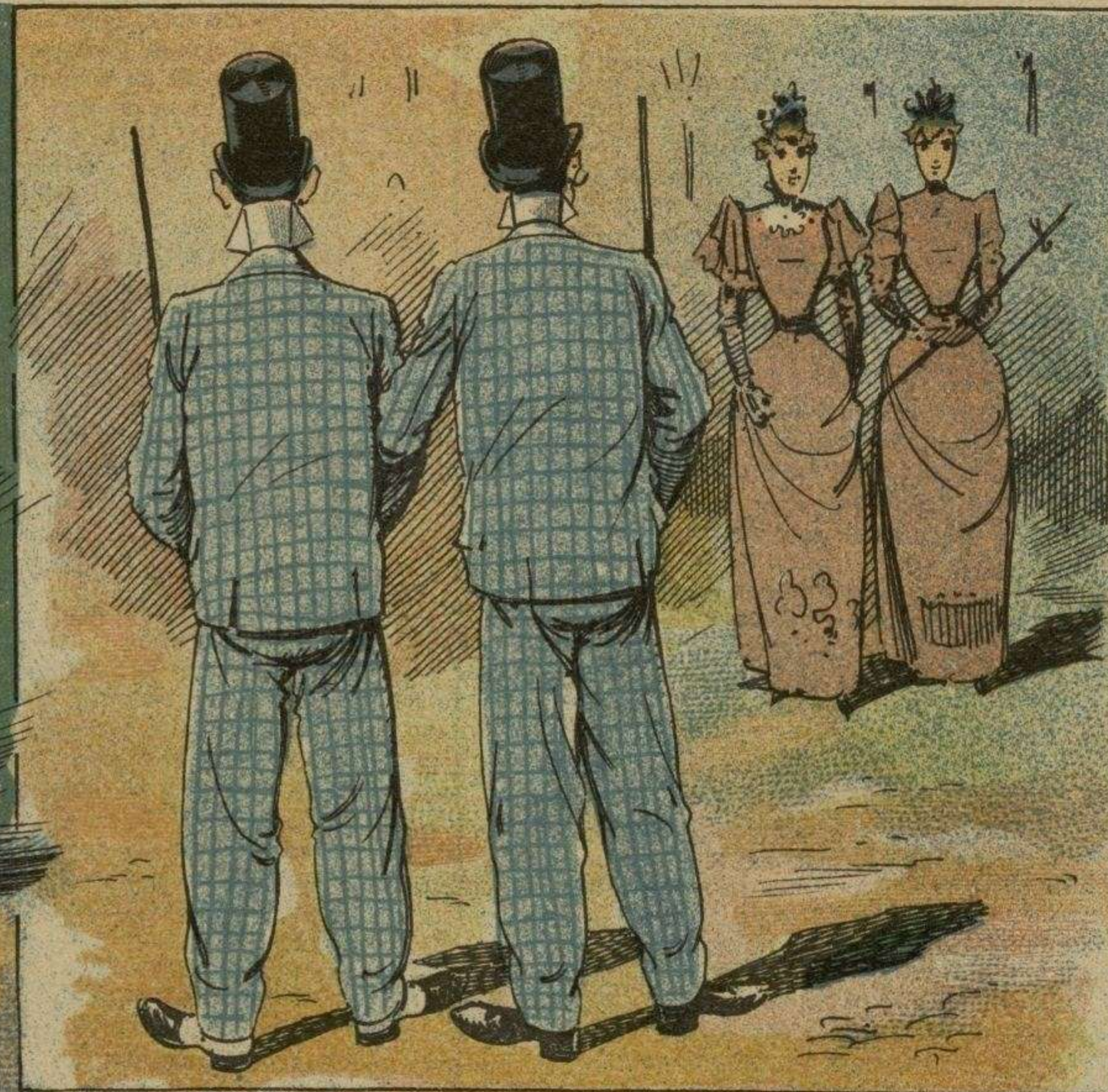
¿Quién es capaz de pintar á nuestras damas nobles en sus amores populares con toreros, militares, sacerdotes y sietemesinos? ¿Qué talento hay en el mundo que pueda sacar á luz



Los papás cursis que pasean la niña para ver si la sacan.



¡Policarpa en el balcón!  
Me mostraré caballero  
elegante y sans façon,  
que vea mi distinción  
ya que no me vé el dinero.



Los chicos de la alta crema arrebatando corazones.

PROFESORES DE ESGRIMA



Duro.

Peseta.

Lo que tenga V. voluntad.



—¡Caballero! ¡Vaya unas cosas de meterle á una  
por la boca!



—¿Me acuesto, maca?  
—Por mí, aunque sea en el santo suelo.



ese compuesto de vano orgullo y pasiones miserables que desde Carlos IV acá son patrimonio exclusivo de nuestra aristocracia?

Esas viejas cotorronas, esas pollas chulas y esos enclenque individuos ¿pueden ser la digna descendencia de los que conquistaron España á los moros, guerrearon en Italia y estuvieron sublimes en el Nuevo Mundo?

No, y por eso mismo los novelistas no deben tocar esta arca santa. A nuestros nobles hay que respetarlos como si fuesen momias de Egipto, y por lo tanto interpretar los geroglíficos y pergaminos que exhiben; no su atonía actual, sus costumbres híbridas, su *sans façon*, su supina ignorancia.

¿Qué saben Pereda, Palacio Valdés y el P. Coloma cómo recibe esta gente? ¿á qué modas obedece? ¿cuál es su trato íntimo?

La conocerán por el escándalo que dá, por el querido que toma, por la novena que promueve... Pero allá en la intimidad lacayuna, ¿qué han de conocer?

Por eso cada novela de estos grandes escritores, produce gran escándalo en el gran mundo, que dicen los franceses.

La nobleza no replica... ¡Es claro! ¡si no sabe escribir! Pero ahí tiene á los asíduos de los *buffets*, á los revisteros de salon, y á los infelices que se quieren dar pisto haciendo ver que son muy bien recibidos en los palacios de los grandes, que no cesan de levantar su clamoreo contra los novelistas que han puesto sus sacrílegas plumas en una clase muerta, que solo vive del pasado y que es completamente inútil para el porvenir.

Todos los que escriben con *cold cream*, que saludan á la marquesita de Q. y á la baronesa de R., que son recibidos como *croniqueros* para dar jabón en los periódicos á nuestros príncipes del Congo, se resienten como si se tratara de ellos, y hacen cada uno de por sí el papel de Gil Blas cuando servía á un señorito elegante.

¿Pero quiénes son Vdes., desgraciados? ¿Qué pito tocan Vdes. dentro de la aristocracia?

Dejen, dejen sola á esa señora, que unas cuantas sonrisas y un poco de pavo trufado no valen los sudores que Vdes. se toman para defender lo indefendible.

Nuestra aristocracia, desde los Borbones á la fecha, no ha servido más que para jurar al rey José, y dar en cara con sus costumbres achulapadas á la noble y santa esposa de D. Amadeo de Saboya.

Cuando hay alguna, como la duquesa de Medinaceli, por ejemplo, que se dedica á entrar de lleno en la vida moderna y trabaja en bien del progreso de la nación, nos hacemos cruces como si viésemos volar un buey.

¿Que nuestros novelistas no saben poner en escena á esa nobleza muerta, á esas duquesas viciosas? Pues si el mismo pueblo las pone, y dibujadas con los colores más crudos de la paleta.

Para pintar el mal no es indispensable ser malo. Para fotografiar á nuestras grandes damas no es de rigor haber dormido en su alcoba.

Y por lo que toca á los escritores gomosos que han salido en defensa de la clase *superior*, no debemos tomarlos en serio.

¿Qué son *au bout du compte*?—y ya ven que nosotros también chapurreamos el francés.—Unos cuantos falderillos más que tienen las duquesas para distraerse.

DOYS.

## MADRILEÑERIAS.

—Yo me casé, como sabes, porque ví que la Tomasa *necesitaba* de un hombre, como yó, que la tapara ciertas cosas. ¿Estás tú? Porque ella aunque es muy honrada cuándo estuvo en *cá* del Conde sirviendo como criada, hizo con el señorito asin... como una alianza, ¡vamos al *d. cir!* ¿entiendes? —¡No, chico, ni una palabra! —¡Porque eres un bestia, Antón, *pá* entender la diplomacia! Pus el caso fué que el Conde se enamoró de Tomasa y, ella que no es tonta ¿sabes? se dejó querer,

—¡Su máma!

—Pero un día la Condesa se enteró que la Tomasa en unión del señor Conde... ¡vamos! que se la pegaban; y como comprenderás no la hizo maldita gracia que la tomasen el pelo y me encargó á mi (que estaba de lacayo) que siguiese al señor y á la criada y que le diera noticia de lo que yo averiguara. Yo fui con el cuento al Conde, é hice la primer jugada. El Conde al verse perdido me dijo que la Tomasa era *vítima* inocente, y que si yo me casaba con ella, que me daría dos mil *reales*, y á Tomasa la compraría la ropa y tó lo que hiciese falta.... conque, chico, me casé ¡y estoy más mejor que el Papa! A la Condesa le dije que la Tomasa era honrada, y que la prueba de ello era que yo me casaba con ella, *convencidísimo* de que con el Conde..., ni agua! —¿Y se lo creyó?

—¡Pues claro!

—¡Vamos, hombre, si pescara una proporción como esa, en seguida me casaba!

—¡Pues no sabes lo mejor!

—¿Cuál?

—¡Que á la otra semana de casarme *tubí* un chico! —¡Anda, Dios! y aún puede que *haiga* quien no crea en los milagros. —¡Y el Conde vino á mi casa, cuando supo la noticia y regaló á la Tomasa mil pesetas! ¡Y además fué padrino!

—¡Anda, su máma.

¡Gachó, *ties* la primer suerte!

—¡Estoy más mejor que el Papa!

ALBERTO OJEDA

## EL DIRECTOR COREOGRÁFICO

**L**E véo y me entusiasmo; tanta agilidad me estremece; tan descoyuntado de miembros y tan ligero de pantorrillas como no hay otro ser en el mundo; tan *gracioso* en sus movimientos, tan *fino* en sus maneras; tan juguetón con todo el cuerpo, tan elástico, tan *bello* como él no es el tenor, ni se le parece la misma tiple.

Y pensar que aquel hombre aéreo, vaporoso, de reducida cintura y oprimidos *pieses*, alto de pecho y negro de cogote, generalmente hablando; aquel sér natural, puede verse privado de tantas gracias é incapacitado para tantas habilidades gimnástico-coreográficas, espanta y conmueve á un tiempo mismo.

Cuando por fortuna suya y para bien del progreso humano, consigue renombre y llega á cierto punto en su *espinosa* carrera,—y la llamo espinosa por lo que en ella juegan las *espinillas*,—entonces consigue el premio de sus afanes.

Una posición menos académica, pero más positiva, le ofrecen las empresas teatrales de importancia.

No aludo al *bolero* español, ni al maestro de baile de castañuelas ó *bailador* de cafés cantantes y bailables: estos no consiguen nunca pasar de sopa y cocido cuando llegan, que suelen no llegar.

Me refiero á los directores del sublime género; del *género francés*, última palabra ó último *trenzado* del arte: al bailarín propiamente dicho, al que ya ha conseguido un nombre más ó menos conocido á costa de inmensos sacrificios ó *batiments*, al que se eleva á la alta dignidad de director de baile; que saca *fantasias* de su cabeza, y lo mismo compone dos actos de baile, que tres, que trescientos.

¡Qué suma de aptitudes y conocimientos necesita! Ya lo conoce él mismo, y con razón se envanece de su valor artístico: una *pirueta* á tiempo salva una obra coreográfica; estos secretos del arte no puede ni sospecharlos el profano.

¡Cuán grande es el espectáculo que ofrece á los ignorantes el maestro director de baile, cuando compone sus poemas pedestres, cuando interpetra los pensamientos musicales, aplicando los *pasos* que les son propios!

Idioma incomprensible para cualquier persona no bailable.

Establecido en el escenario durante el ensayo, rodeado de aéreas bailarinas vestidas de corto, y madres y hermanas de las bailarinas, no tan cortas de falda; sentado delante de una mesita una víctima que toca el violín, para que el director coreográfico se penetre de la *partitura*; sobre la mesita, cubierta con bayeta verde, un atril y en él los *papeles* de música, á los lados dos velas de sebo ó esperma; y el maestro, allá en el fondo, resbalando los piés sobre el tablado, y meditabundo, como si estuviera cazando ideas artísticas: el cuadro, á media luz, esa luz indecisa que llega al escenario de un coliseo durante las horas del día.

¡Qué poesía! ¡Cuánta belleza!

—¡Fulanita!—grita de pronto el maestro; oye ú oiga usted,—según la confianza que tiene con la artista.—Tú aquí—y acompaña asiendo de un brazo á la muchacha hasta dejarla *implantada* en el sitio conveniente.

Y luego añade:

—Menganita, tú allí... No, no,—se interrumpe, como si le hubiera asaltado una idea nueva—acá, y Zutanita que es más alta, allá.

Generalmente á todas las bailarinas las habla en diminutivo, aunque alguna por sus proporciones físicas, edad, saber y gobierno, merezca mejor el aumentativo.

Empieza la explicación del argumento y del diálogo.

—Silvio sale desesperado porque su Felisa no le quiere, eh?

—Bueno—replica la muchacha á quien se dirige.

—Silvio soy yo, y vengo del foro rabiando con *chape foieté* y una *pirueta*. Tú te acercas con interés en *paso de puntas*, y al llegar á mi lado, parece que me llamas y me dices: «Silvio, tú quieres bailar aquí conmigo?» Yo te respondo: «Déjame,» y me voy á la izquierda. Enfonce se adelanta ésta, tú—añade dirigiéndose á la otra—y... ¿cómo dice la música?—pregunta al *violín de ensayo*?

—¿Cuál?—pregunta el mártir con arco.

—Desde aquello de ta-ra-ri tarita-ri...—recita el director bailable.

El profesor de violín le complace.

—Bien, basta: tú, Zutanita, sales y me tocas en el hombro izquierdo; yo te miro y tú das una vuelta de vals, en puntas alrededor de mí: yo te empujo, y tú me dices, con un tiempo de vals, así.—El maestro baila—«¿No me quieres? ¿Vamos á bailar tú y yo en este sitio pintoresco?»

Y así sucesivamente.

En las grandes agrupaciones, en los finales... ¡Oh qué multitud de combinaciones discurre el director, compositor y maestro!

A los ignorantes les parece que todas son iguales; pero es porque no penetran toda la filosofía coreográfica.

El maestro cuando deja de funcionar como parte ejecutante, es cuando llega al apogeo de su celebridad y de su gloria. Compone para que otro baile. Piensa, medita, estudia y se dedica á repasar las obras *didácticas* del arte.

Es el límite de las aspiraciones del bailarín: llegar á director y maestro, á entenderse y bailar solo.

E.

## CONFESION

CUENTO

Muy contrito y muy humilde un católico cristiano, se fué al templo cierto día á confesar sus pecados, y dentro ya de la Iglesia al pié de un confesionario se arrodilla, y dice el fraile:

—Podeis empezar, hermano.

El católico sumiso, llenos los ojos de llanto, humillado por la pena, y en sudor frio inundado, empieza diciendo al cura:

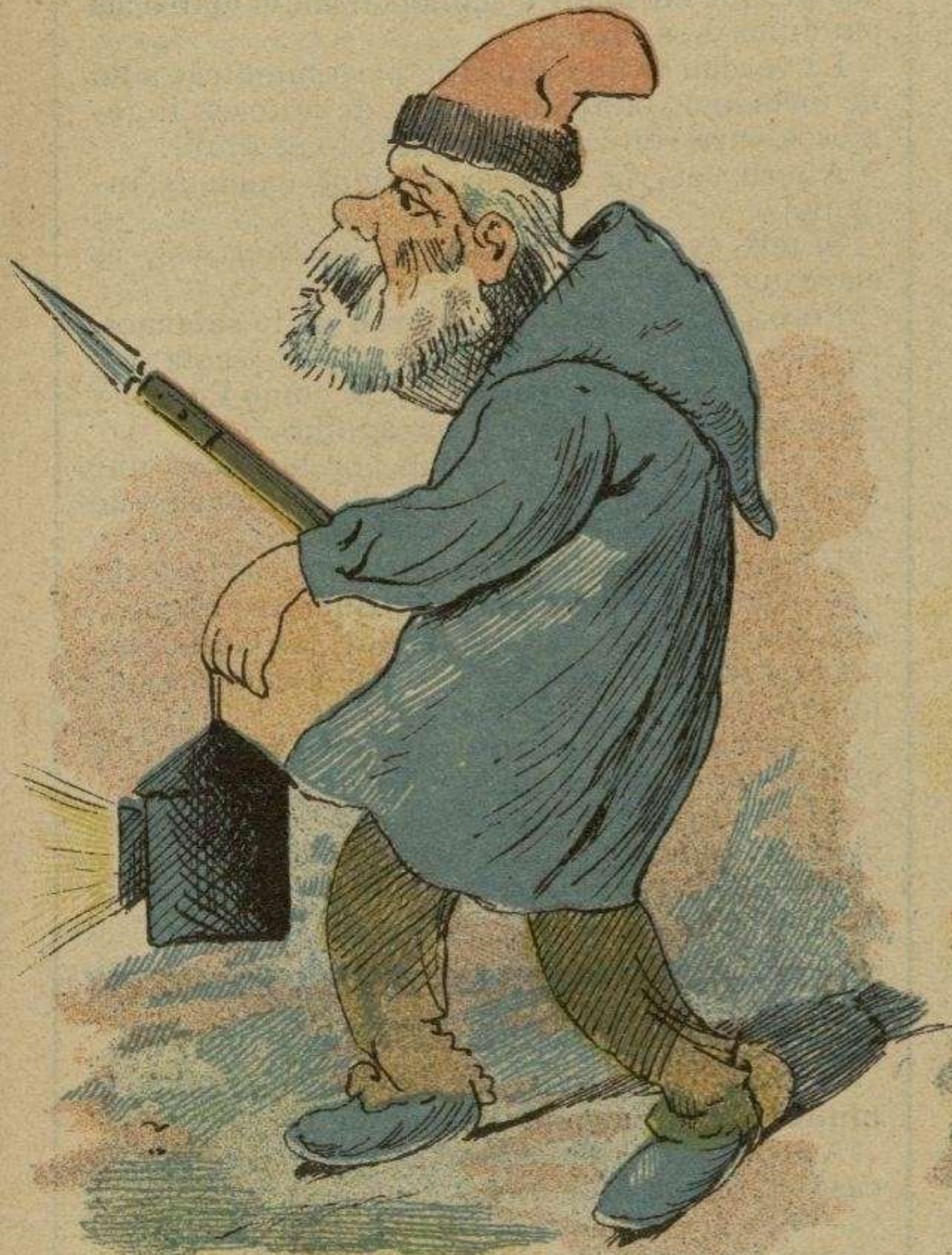
—Padre, uno de los pecados de que tengo que acusarme es que me pongo muy malo, y cuando esto me sucede, me dá... como un arrebató, y me viene... así... una cosa



La nueva que ha llegado.  
i . . . . .!

# LA SAETA

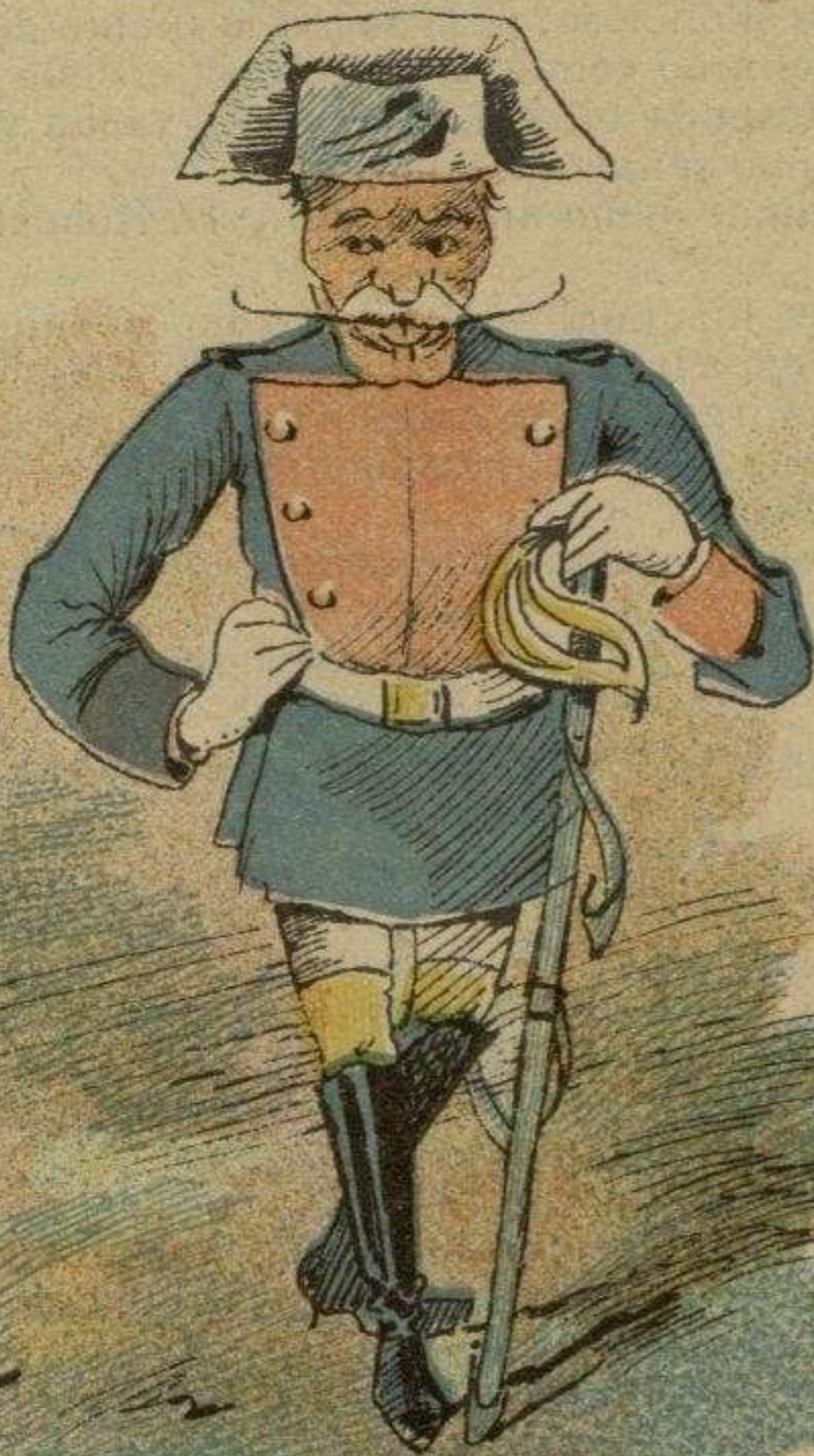
## GENTE DE ARMAS



Las dos y media ¡serenu!



¡Cabo de guardia, á formar!



¡No me mates, no me mates!



¡Entodavía son las dos!

que si alguno junto á mí hallo  
sin poderlo remediar  
¡le pego! ¡le muerdo!! ¡¡¡y mato!!!  
y en seguida, señor cura,  
le parto en muchos pedazos  
y luego con gran fiereza  
me los voy, padre, tragando

— ¡Santo Cristo, qué animal  
debe ser este *gashápiro!*

Dime: ¿Y te dá muchas veces  
eso que estás explicando?

— ¡Ya lo creo! Cien personas  
me he comido ya en dos años—

— (Tengo un miedo que no veo.)

— ¡Padre! ya estoy sintiendo algo.  
¡Que me viene! ¡Que me dá!

— ¿Sí? ¡Pues anda con mil diablos!  
dijo el cura, y con terror  
huyó del confesionario,  
dejándose allí el manteo  
sin él querer, olvidado.

Al ver eso el penitente  
cojió al punto muy ufano  
aquel manteo que estaba,  
hecho de excelente paño,  
y se lo puso en seguida,  
mientras que el cura rezando  
de la sacristía próxima  
miraba al loco, turbado.

Por fin le habló de este modo  
lento el infeliz de espanto:

— ¿Te ha dado eso? ¿dí te dá?  
y él le respondió en el acto:

— ¡Sí, padre! por los tobillos.

— ¡Amparadme, San Donato!

¿Te ha venido? ¿dí, te viene?

— Como si hubiera mandado  
que le hicieran para mí.

Con que, padre, hasta otro rato.

Y se fué con el manteo  
muy sumiso aquel cristiano.

M. FERNANDEZ CICERO



Libros publicados últimamente, recomenda-  
dos por LA SAETA: *Angel Guerra, Madrid en  
broma, Nubes de Estío y De pitón á pitón.*

Obras dramáticas recomendadas: *Un critico  
incipiente.*

Obras no recomendadas: *Roberto el Diablo*, y  
todas las piecitas en un acto estrenadas en  
estos días con *éxito fenomenal.*

Además, tampoco recomendamos las *Memo-  
rias de un emigrado*, que publica *El Liberal*,  
porque van resultando cursis.

No, eso no está bien. \*

En *Madrid Cómico* Clarín dice unas cuantas  
verdades al pobre Luis Alfonso, y eso, con fran-  
queza es tener corazón de piedra.

Ya nos figuramos los ojos que habrá puesto  
el redactor de *La Epoca* al leer el recorrido.

Si antes tenía la vista baja ¿cómo le habrá  
quedado ahora?

Los semanaristas <sup>\*\*\*</sup> estamos aquí muy indigna-  
dos porque en Madrid monopolizan el teatro las  
pandillas de autores.

La verdad es que abusan; pero mientras aquí  
no formemos también grupos de autores inge-  
niosos para contrarrestarles, todo es inútil.

Ahora solo falta saber si aquí tenemos in-  
genio.

Si nos oyen á nosotros, *los semanaristas*, es  
claro que sí.

Pero lo cierto es que todavía no lo sabemos,  
porque no nos hemos dado á prueba y cata.

De todos modos, para hacerlo como Perrín y  
Palacios no necesitamos ser águilas.

Y conste que no hablamos por nosotros, que  
ni siquiera vamos al teatro desde la invasión de  
*las divas.*

Porque es preciso que sepan nuestros lectores  
que estamos hartos de las Martínez, las Fernán-  
dez, las Gimenez, las Menendez, las Gutierrez,  
las González y todas las estrellas flamencas que  
llenan ahora los *colisedos.*

Creemos que al teatro actual no le levantan los  
autores de Madrid y menos los de provincias.

El público, el día que haya público de veras,  
es el único que puede encarrilarlo todo.

Lo mismo aquí que allá, es decir, en los Ma-  
driles.

## MISCELANEA

Como D. Robustiano es muy moreno, todo el  
mundo le conoce con el apodo de *Chorizo.*

Anteayer D. Robustiano se quedó á comer en  
casa de los de Martínez.

— Ven acá, Ricardito—dijo la señora de Mar-  
tínez á su niño.—Hoy come aquí D. Robustiano...  
¡Cuidado con que te se ocurra llamarle *Chorizo!*

Llega la hora de la comida y Ricardito per-  
manece silencioso; pero sacan la fuente del co-  
cido y el niño comienza á meterse el dedo en la  
boca; después mira á su madre, vacila y dice  
por último señalando al chorizo:

— Mamá, dame un poco de... D. Robustiano.

— ¡Ay, hija mía!—dijo el otro día un banquero  
muy viejo á una hermosa joven—Si yo te hubie-  
se encontrado en mi camino hace veinte años!

— Ne le hubiera gustado á usted.

— ¿Porqué?

— ¡Porque entonces tenía yo *cuatro meses!*

El nuevo director, al ver delante  
el carruaje oficial,  
tomó carrera y se subió al pescante...  
¡Si sería animal!

En el teatro.

— ¡Hola, chico! ¿Vienes solo?

— No; traigo á mi suegra, como siempre.

— No la veo.

— La traigo... en la boca del estómago desde  
que me casé.

— Ya llevamos destruidos muchos millares de  
arobas de langosta—decía un manchego en el  
salón de conferencias.

— ¡Qué lástima!—dijo un diputado.

— ¿Porqué?

— ¡Porque me gusta tanto á la vinagreta!.....

**Diálogo casero**

—Señorita, yo no quiero ver mi honor comprometido.

Ayer tarde en la cocina me dió un abrazo su primo...

—¡Caramba! Y di, ¿tú qué hiciste?...

—Yo le dije:—¡Señorito, no hay que gastar *chanzas* de esas, porque voy, y de corrido, se lo cuento á mi señora!

—¿Y entonces él, qué te dijo?

—Pues... ¡que á V. también la abraza cuando no está su marido!

E. GUILLAR CLARI.

Un vagabundo es conducido á la prevención. El cabo de municipales le pregunta:

—¿Dónde vive V.?

—Donde puedo.

—¿De qué se mantiene V.?

—De lo que como.

—¡Qué gracioso! Ahora mismo va V. á ir á la cárcel.

—¿Yo? Ni por pienso.

—¿Cómo que no? A ver, guardias, un coche para llevar a este tunante á la cárcel.

—¡Lo ve V.! Yo no voy; me llevan ustedes.

Dos individuos van por la calle.

Al pasar, tropiezan con otro que saluda con mucha amabilidad.

—¿Te saluda á ti?—pregunta uno.

—Sí—contesta el otro.—Le conocí en el Circolo.

—Por eso, porque á mi solo me ha quitado el sombrero una vez.

—¿Os conociais?

—No; me lo quitó del colgador de una tertulia donde los dos concurríamos.

**Cantares**

Con todo tu corazón me han contado que me quieres; y es inútil, porque á mí, me consta que no lo tienes.

¿Porque mis ojos se fijan en tí, dices que te quiero? no, tontuela: ¡si es que miran el collar que llevas puesto!

Por saber lo que valian los recuerdos de tu amor, se los llevé á un peluquero y en tres reales los compró.

Ella que *nó* y yo que *si*, pero la pude vencer; y luego... ¡si tú supieras lo que me pasó después!

Me ha dicho una gitana que no me quieres ¡Como si yo ignorase lo que tú eres!

ALFREDO LÓPEZ ÁLVAREZ.

**Dame la copa**

Dame la copa henchida hasta los bordes de ese vino tan negro como tus ojos, hechicera niña; dámela, flor del cielo,

con tu mano de nieve... Así me gusta, mas bebe tú primero, y al acercarla á tu purpúrea boca, vierte en ella el veneno que entre la rosa de tus labios mana; lo apuraré como si fuera un beso.

ELADIO R. PEREIRA.

Dos cómicos muy malos estaban representando una escena tremenda y parecían dos fieras dispuestas á devorarse.

Uno de los espectadores los azuzó como se azuza á los perros.

El cómico más discreto se volvió tranquilamente al público y dijo:

—Señores, hagan Vds. el favor de no azuzar, porque el señor tiene dientes y yo no.

—Yo llevo á ésta cuatro años—decía un marido de cincuenta años señalando á su mujer.

—No es cierto.—Tú me llevas lo menos diez años.

—¡Ah! es verdad! Cuatro años que tengo más que tú, y seis que te llevé... á vivir con tu madre.

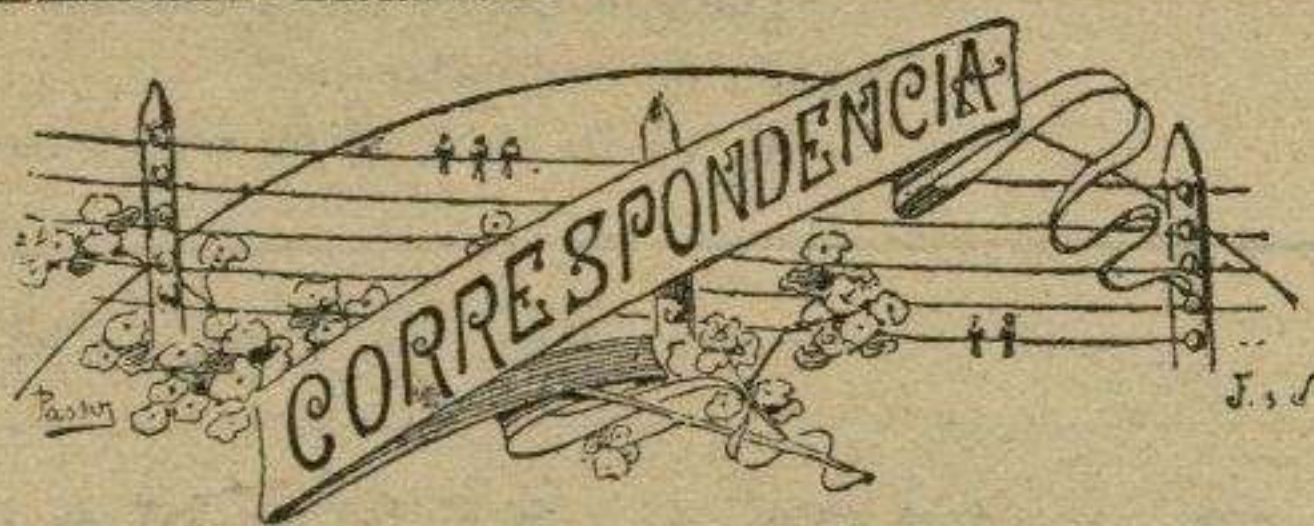
**La conciencia y la camisa**

(A un millonario)

Vinistes á Madrid, y en tú inocencia trabajabas deprisa, muy deprisa, y entonces, sin un cuarto ni esperiencia, tenías, sí, muy limpia la conciencia pero ¡estaba tan sucia la camisa!.....

Despues, cuando te ví al año siguiente me llamó la atención ingenuamente de tu limpia camisa la blancura; y al mirar las arrugas de tu frente ¡divisé una conciencia tan oscura!.....

E. SANCHEZ VERA.



J. U. S.—Irá saliendo.

J. P.—Veremos.

A. de O. (Madrid).—También irá saliendo.

M. F. C. (Madrid).—Arreglándolo un poco irá el cuento.

A. L. A. (Madrid).—También irá. Y hoy estoy de suerte. Ya diré que le envíen los números.

A. R. L. (Madrid).—Veremos si arreglamos algo.

B. S. y D. (Madrid).—Si esos son los primeros, ruegue V. á Dios que sean los últimos, porque sino vá V. á acabar mal.

B. G. (Cartagena).—Bien se conoce que nada de eso es de su cuerda. ¿Pero V. cree que hacer versos es freir huevos?

A. M.—El asunto es gastadísimo.

Espadin.—No está mal hecho, pero como V. mismo comprenderá, no es ni fa ni fu.

E. P. de V.—Vamos, confiese V. que los versos no son suyos. Yo lo sospecho porque no están mal, y V. me dice que me sirva insertarlo á tan acreditado periódico como dirijo.



- ¿Con que anoche tuviste otra cuartelada?  
 —Sí, hija mía. Parece ser que las cosas de la política se ponen muy feas.  
 —Y estarías toda la noche sobre las armas.  
 —Toda la noche precisamente no, pero unas dos horas sí. Se trataba de combatir...  
 —Si, ya lo sé; á la *Isidra de la anarquía*.

ANUNCIOS

LA SAETA SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO  
 Colaboran en él los más celebrados literatos y los más renombrados dibujantes

Toda la correspondencia á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona

**BIBLIOTECA PARA TODOS**

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.

Cada tomo 15 céntimos en toda España.

Esta publicación está terminada y se vende por tomos sueltos ó por colecciones completas.

**BIBLIOTECA DE BOLSILLO**

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con elegantes grabados.

Precio de cada tomo: 15 céntimos.

Esta colección también está terminada y no se publicarán más tomos.

Se sirven tomos sueltos y por colecciones.

Para los pedidos de todas estas obras, dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

**CUIDADITO CON ESTO**

Novelas, cuentos, artículos y poesías de varios autores, ilustrados con magníficos fotograbados y cubiertas al cromo.

Van publicados 10 tomitos á 15 céntimos, y hay más en prensa.

**TRES MILLONES DE CHISTES**

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo.

Van publicados 42 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación.

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez. — Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.